

14° Domingo del Tiempo Ordinario - C - 6 Julio 2025

(Lc 10, 1-12.17-20)



Jesús está en camino hacia Jerusalén. A raíz de los acontecimientos, los discípulos son enviados en misión. Después de la de los Doce, relatada en el capítulo anterior (9, 1-6), san Lucas narra el envío en misión de otro grupo constituido por setenta y dos discípulos. Este pasaje está lleno de riquezas teológicas, iluminando poderosamente nuestra vida eclesial y misionera. Hay tres dimensiones a las que debemos prestar atención: la universalidad de la misión, el desprendimiento radical y la confianza.

En primer lugar, hay que subrayar el significado simbólico del número setenta y dos. En el capítulo diez del Génesis, que enumera las naciones creadas por Noé después del diluvio, algunos lo ven como un signo de universalidad: los setenta y dos representan a todas las naciones. Esto coincide plenamente con uno de los ejes principales del Evangelio según san Lucas: la universalidad de la salvación. Así, algunos exegetas interpretan esta misión como una prefiguración de la de los apóstoles en los Hechos, iniciada por los Doce, prolongada por otras figuras como Pablo, Bernabé o Silas, portadores de la Buena Nueva a los confines del mundo.

En segundo lugar, el envío "dos por dos" no es anodino: la cifra dos evoca el equilibrio, la complementariedad y la importancia de las relaciones fraternas en toda obra misionera. La misión nunca es solitaria; llama a la comunión, al apoyo mutuo y a la corresponsabilidad.



Luego viene la exigencia de desempolvar. Se les pide que se vayan sin bolsa, ni bolso, ni sandalias: signo de una confianza absoluta en la Providencia. Estas instrucciones resuenan profundamente en varias corrientes espirituales que han marcado la historia de la Iglesia. Así encontramos a san Francisco de Asís, casado con la señora Pobreza, o a san Luis María Grignion de Montfort y la beata María Luisa, yendo con humildad y sencillez al encuentro de los pobres del hospital de Poitiers. La misión se convierte aquí en un acto de total dependencia de Dios: avanzar con audacia, como un cordero entre lobos, llevado por una humilde confianza.

Por último, esta confianza nacida del abandono funda una paz interior profunda, que alimenta la alegría y se arraiga en la Palabra. Es triste constatar que nuestro mundo se hunde todavía en la lógica de "quien quiere la paz prepara la guerra", olvidando que la preparación de la guerra no conduce necesariamente a la paz: Quien quiere la Paz debe por el contrario preparar la Paz. Como los setenta y dos enviados para anunciar la Paz - signo tangible de la presencia del Reino - la Iglesia está hoy más que nunca llamada a convertirse en un sople nuevo de auténtica paz. Una paz que da impulso para anunciar, preparar los corazones y trazar caminos hacia el Señor. Pero para poder transmitirla, aún es necesario estar profundamente habitado.

**La mies
es abundante
y los obreros pocos**
luc 10,2



En resumen, el Evangelio de este domingo nos invita a visitar la calidad de nuestro compromiso misionero. Con demasiada frecuencia nuestra vida eclesial tiende a encerrarse en sí misma, en una comodidad rutinaria. Es urgente ampliar el horizonte, abrazar las periferias, inflamar los corazones. El Evangelio no se dirige a unos pocos convencidos, está destinado a todas las naciones, a cada ser humano, sin distinción.

P. Jackson Fabius, smm